

La esperanza del desarme nuclear global

Estados Unidos y la República Rusa sostienen negociaciones sin precedentes para reducir un gigantesco arsenal atómico. Y la caducidad de los acuerdos de 1991 son una oportunidad óptima para mejorar sus deterioradas relaciones y afrontar la proliferación de esas armas, materializada en la actitud de países como Irán y Corea del Norte.

Sin una iniciativa de desarme, el mundo enfrenta grandes riesgos: parte del arsenal atómico podría quedar en manos de actores no estatales, insensibles a la lógica de la disuasión y cercanos a la estrategia de la destrucción total.

A comienzos de marzo, Estados Unidos y la República Rusa anunciaron su intención de colaborar para limitar la proliferación nuclear y frenar las aspiraciones de Irán y Corea del Norte en ese ámbito. Tal disposición compartida puede considerarse resultado directo del encuentro entre la secretaria de Estado, Hillary Clinton, y el ministro de Relaciones Exteriores, Sergéi Lavrov, en Ginebra, el 6 de ese mes.

La voluntad estadounidense permite mayor optimismo sobre las negociaciones que sustituyan los protocolos sobre armas nucleares estratégicas firmados en 1991. A comienzos de abril, los presidentes de ambos países, Barack Obama y Dmitri Medvedev, declararon estar dispuestos a abandonar la mentalidad confrontacional que, bajo impulso de los neconservadores norteamericanos, había deteriorado sus relaciones después de la caída del Muro de Berlín, en 1989.

Pese a la existencia de discrepancias y conflictos graves, tales como el escudo antimisiles que Estados Unidos desea instalar en Polonia y la República Checa, la ampliación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) hacia los ex-territorios soviéticos y la guerra de Georgia, se espera un resultado positivo. Los acuerdos sobre control de armas contenidos en el START I caducan en diciembre, tras 15 años de



Fotografía: Martín García

Alex Fernández

Analista internacional, Universidad de Amsterdam

vigencia. En su momento, el propio presidente George W. Bush, con el triunfalismo con que actuaba frente a tales temas, calificó este tipo de acuerdos como “reliquias de la Guerra Fría”. A pesar de ello, Bush y Putin suscribieron el año 2002 el Acuerdo de Moscú, que contemplaba una mayor reducción de las armas nucleares estratégicas pero que fue ineficiente a consecuencia de una escasa voluntad de entendimiento: el documento tenía apenas la extensión de una página y los mecanismos de control eran remitidos a los acuerdos START, suscritos por George H. Bush y Mijail Gorbachov.

Con frecuencia, la fuerza renovadora del presidente Barack Obama¹ debe enfrentar la lentitud de organizaciones e instituciones demasiado acostumbradas a la agresividad política y militar del período de su antecesor. Un ejemplo de ello es el conflicto reciente entre la OTAN y la República Rusa debido al anuncio de ejercicios armados conjuntos entre esta organización y Georgia. El presidente ruso Dmitri Medvedev los calificó como una decisión peligrosa que dificulta la colaboración². Para algunos analistas internacionales, la programación de estas actividades militares constituye un apoyo político indirecto al impopular y autoritario presidente georgiano, Mijéil Saakashvili, quien —después de su derrota en su aventura militar en Osetia del Sur y de la desaparición del apoyo incondicional



del régimen de Bush— ha debido enfrentar la masiva protesta popular de sus ciudadanos. La reacción europea frente a las acciones de la OTAN ha reflejado cinismo al demostrar sorpresa por la reacción rusa y argumentar que los ejercicios estaban previamente programados.

Esas maniobras armadas fueron precedidas de un rocambolesco arresto del comandante de la base de Kort, cercana a Tbilisi, bajo la acusación de estar preparando una rebelión dirigida a oponerse a ellas. Naturalmente, se argumentó que detrás de esto último estaría la manipulación rusa. La teatralidad con que ha actuado Saakashvili nos recuerda su acción contra Osetia del Sur, sostenida con el argumento de que buscaba detener la agresión moscovita. Las autoridades europeas occidentales saben perfectamente que las aventuras políticas o militares del presidente georgiano no tienen límites y solo el profundo sentimiento anti-ruso y la mentalidad de Guerra Fría que todavía predomina en la OTAN impiden su condena³.

DESARME NUCLEAR GLOBAL

La caducidad de los acuerdos de 1991 aparece como una oportunidad óptima para mejorar las deterioradas relaciones entre Estados Unidos y la República Rusa, en la perspectiva

de un posible desarme atómico global. Esta parece ser la única alternativa de solución frente a la proliferación de esas armas, materializada en la actitud de países como Irán y Corea del Norte. También existe la esperanza, relativamente fundada, de que los nuevos consensos culminen con la suscripción oficial de ellos durante la visita de Obama a Moscú en julio próximo, obteniéndose una importantísima reducción en el número de cabezas nucleares. Con ello se lograría además que Rusia supere la sensación de acoso que estimularon Bush y la OTAN mediante su política de expansión y anexión permanente de regiones que constituirían las áreas de influencia rusa o del Pacto de Varsovia.

El anuncio referido al desarme global fue quizás una de las decisiones políticas más significativas del primer viaje europeo del mandatario estadounidense. La necesidad de ese plan había sido puesta de manifiesto en un artículo de George Schultz, Henry Kissinger, Sam Nunn y William Perry, publicado el 4 enero del 2007 por *The Wall Street Journal*. Sus autores —algunos de ellos, tristemente célebres en la política mundial— argumentaban que, si no asumía la iniciativa de ese desarme, Estados Unidos enfrentaría una era de conflictos nucleares mucho más peligrosos que los de la Guerra Fría. Según su evaluación, actores no estatales podrían controlar total o parcialmente un arsenal nuclear como resultado del derrumbe del poder central de Estados incapaces de mantener la estabilidad política (un ejemplo es Pakistán)⁴. Estos nuevos protagonistas serían insensibles a la lógica de la disuasión y cercanos a la estrategia de la destrucción total.

En rigor, Obama se ha mostrado dispuesto a negociaciones sin precedentes con la República Rusa para lograr una reducción significativa de los arsenales atómicos. Entre ambas potencias militares disponen de más de 3.000 armas nucleares estratégicas operacionales. A ellas deben sumarse otros miles, en condición de reserva no operativa. Y deben añadirse también dispositivos nucleares tácticos totalmente operativos que entre ambos países llegan a un total estimado de 3.000. Las armas nucleares tácticas no operacionales o destinadas a ser desmanteladas sobrepasan las 10.000. Baste recordar que frente al conflicto generado por los intentos estadounidenses de instalar el escudo antimisiles en Polonia y en la República Checa, Medvedev amenazó con instalar armas nucleares tácticas en Kaliningrado (enclave ruso ubicado entre Polonia y Lituania)⁵. Estados Unidos ha instalado 350 bombas B61 en Alemania, Bélgica, Italia, Holanda y Turquía. Todo este despliegue tuvo su origen en la decisión de la OTAN de compensar su debilidad en armas convencionales frente al Pacto de Varsovia. La mantención de estas después del derrumbe de la URSS se ha justificado con el argumento de que la implementación de una tarea nuclear conjunta permite conservar la buena convivencia militar entre Europa y Estados

¹ Ver “La pesada mochila de Obama”. Revista *Mensaje*, núm. 575, diciembre de 2008.

² Ver “Crisis Europa-Rusia: el revanchismo político de la Europa del Este”. Revista *Mensaje*, núm. 560, julio de 2007.

³ Ver “El polvorín del Cáucaso”. Revista *Mensaje*, núm. 573, octubre de 2008.

⁴ Ver “Pakistán: entre el terrorismo y la corrupción”. Revista *Mensaje*, núm. 566, enero-febrero de 2008.

⁵ Ver “Misiles de EE.UU. en Europa: una tensión innecesaria”. Revista *Mensaje*, núm. 558, mayo de 2007.

Unidos. Lo insostenible de este argumento se demuestra con el hecho de que Washington retiró su armamento atómico de Corea del Sur, Japón, Grecia e Inglaterra sin afectar negativamente sus relaciones político-militares con estos países.

ARSENAL NUCLEAR ESTADOUNIDENSE

Las colosales dimensiones del arsenal nuclear estadounidense han sido ilustradas por diversos analistas a partir de indicadores de los años 1959 y 1960. Según *The Bulletin of the Atomic Scientists* este país dispone de capacidad para destruir varias veces el planeta. En los años recién mencionados —claves en el período de la Guerra Fría—, Estados Unidos fabricó anualmente 7.000 cabezas nucleares y más de 1.600 bombarderos B-47, B-58 y B-52, que estuvieron permanentemente disponibles para transportar su devastador cargamento. En 1961, esta nación llegó a disponer de más de 22.000 cabezas nucleares, equivalentes a una explosión de veinte mil millones de toneladas de TNT o, lo que es lo mismo, un millón trescientas sesenta mil veces la explosión de Hiroshima, en 1945. Cuando se consideran las proporciones reales de esta capacidad de devastación, la promesa de Obama adquiere dimensiones casi utópicas.

Su intento ha sido precedido por los protocolos militares establecidos entre Estados Unidos y la URSS, o su sucesora la Federación Rusa, y que se conocen como SALT I (prohibición de aumentar el número de misiles), SALT II (se establece un máximo de armamento), START I (reducción en 6.000 cabezas nucleares) y START II (prohibición de las cabezas MIRV dirigidas contra objetivos múltiples). Actualmente, según Robert Norris, del Natural Resources Defense Council (NRDC), las fuerzas estadounidenses tienen un poder de 2.400 megatonnes (10.000 mil cabezas nucleares) y ello, aunque es la décima parte de lo que poseían en 1960, equivale a cien mil veces el poder explosivo de Hiroshima. De acuerdo al Center for Defense Information, Estados Unidos representa la mitad del problema dado que Rusia dispone de 7.200 cabezas nucleares. China posee entre 250 y 320, Francia 350, India más de 50, Israel entre 120 y 200, Pakistán entre 40 y 70, e Inglaterra entre 180 y 200. Finalmente, se estima que Corea del Norte tiene entre 5 y 10 unidades⁶.

En julio de 2004, George W. Bush había anunciado la reducción a la mitad del arsenal estadounidense. Ese año, su país disponía de 70.000 armas nucleares, de las cuales 5.470 siguen siendo operativas hoy (2.590 de ellas, utilizables de inmediato). De cumplirse los objetivos de Obama y del plan original de su antecesor, deberían desmantelarse 4.470 unidades hasta el año 2012. La mitad de esa cifra corresponde a cabezas tipo W80, de 5 a 150 kilotonnes —que pueden ser lanzadas desde submarinos con misiles intercontinentales— y del tipo W76, de 100 kilotonnes. Según el NRDC, Estados Unidos desmonta entre 100 y 400 cabezas nucleares al año, cuyas partes son almacenadas bajo la responsabilidad y protección del Ministerio

Los acuerdos sobre control de armas contenidos en el START I caducan en diciembre, tras quince años de vigencia.

de Defensa. En las instalaciones de Pantex Plant, en Amarillo, Texas, donde se ejerce tuición sobre los desechos, se retiran los mecanismos explosivos. Posteriormente, la bomba propiamente tal es trasladada al llamado Y-12, en Tennessee, Oak Ridge, donde es definitivamente desmantelada. El NRDC ha indicado que entre 1990 y 1999 se desmontaron en Pantex unas 11.000 unidades.

Otro ángulo del tema es el antecedente de que fue precisamente a partir de 1990 que Estados Unidos inició una estrategia sistemática para fabricar nuevas bombas nucleares y que en 1999 las informaciones sobre el desmantelamiento de armamento antiguo, fueron declaradas “secreto de Estado”. Ya en 1992 se creó la Cooperative Threat Reduction (CTR), cuyos fundadores fueron los senadores Sam Nunn, del Partido Demócrata, y Richard Lugar, del Partido Republicano. Esta entidad tenía como objetivo proporcionar financiamiento y apoyo técnico a la antigua Unión Soviética en el desmantelamiento de sus arsenales.

Aunque el programa Nunn-Lugar estimuló la corrupción entre los cuadros técnico-militares de la URSS, sus resultados han sido significativos: se desmantelaron 6.000 cabezas nucleares rusas, 460 depósitos de misiles, 500 misiles intercontinentales, cientos de plataformas móviles de lanzamiento, submarinos y bombarderos con capacidad para material atómico. Gran parte del uranio proveniente de las cabezas rusas ha sido utilizado como combustible en instalaciones nucleares norteamericanas que generan energía de uso civil. Según la World Nuclear Association (WNA), el 10% de la energía que se utiliza en las casas, empresas y reparticiones públicas estadounidenses proviene del reciclamiento del material nuclear soviético. Esto último es resultado de un contrato establecido en 1993 entre la Unión Soviética y la empresa norteamericana United States Enrichment Corporation (USEC) que, según diversas fuentes, permitirá utilizar 500 toneladas de uranio enriquecido provenientes de territorio ruso en las centrales atómicas estadounidenses. Ellas equivalen a 20.000 cabezas nucleares para misiles rusos, de los cuales hasta hoy solo se han reciclado 14.090, equivalentes a 352 toneladas de uranio.

Hasta el año 2014 se dispone de un presupuesto de doce mil millones de dólares para completar el reciclaje total. La rentabilidad es evidente si se considera que 30 toneladas de uranio ruso son suficientes para abastecer el 13% de la energía que necesitan los 440 reactores nucleares que existen en todo el mundo. **MSJ**

⁶ Ver “Cambios en las relaciones estratégicas: Bush en Rusia y Europa”. Revista *Mensaje*, núm. 510, julio de 2002.